

## INTERPRETACIÓN DE PORTUGAL

Probablemente, el historiador del futuro dirá que Portugal ha tenido en el proceso ocho veces secular de su vida tres excelentes gobiernos: la dinastía de Aviz, el pombaliano y Oliveira Salazar.

Aquella generación de ínclitos infantes representa una de las máximas tensiones del anhelo humano, unida a las lúcidas y racionales medidas de la inteligencia y del exacto pensar. *Desir, desir...*, dice el lema faústico de uno de esos príncipes lusiadas. La repetición del vocablo suscita una perspectiva de hermosura shakesperiana. Portugal era tan sólo la *pequena casa lusitana*, como dice, con conmovedora ternura, el verso de Camoens. Los mundos remotos aun no existían. Pero nacían los mares del oleaje de ese ansioso corazón, de la vena del alma y el ímpetu palpitante de infinito. *Talent de bien faire*, fué el mote de Don Enrique, el que en la escuela de Sagres, desde el alto promontorio, con cartabones y brújulas, esferas armilares y mapas sometió a número y geometría, a cálculo y compás ese infinito que venía de lo subjetivo, ese aún, aún, que la aventura exigía desde el arranque de la intimidad. Y así, con *deseo*, *deseo*, y *talento de bien hacer*, pudo realizarse la epopeya de las navegaciones, que bordeando el litoral africano, por el país de los guineos, llegó a doblar el cabo de Buena Esperanza, surcar el Indico y amanecer ante la inédita maravilla de Calicut, prolongándose luego por el Extremo Oriente y las islas oceánicas.

Un caballero veneciano iba un día a tomar su góndola para un sarao en uno de esos palacios de la curva tizianesca del Gran Canal. Ya había cruzado, seguido de su sombra, la plaza y, San Marcos a la espalda, Nuestra Señora de la Salud enfrente, ori-

llaba la Piazzetta, cuando vió unos grupos que rumoraban a unos pasos. Eso podía ser una conspiración. *This ist Venice*. Envía, pues, al criado, que se acerca y escucha. No, no tramaban nada contra el Dux. Eran marinos que decían haber sabido por otros que los portugueses descubrieran un camino marítimo a la India. Entonces, el patricio, renunciando a la fiesta, repasó la plaza, volvió a su casa, pidió pluma y tinta y, revestido de luto, escribió una elegía a Venecia, que se había quedado viuda del comercio, la riqueza, el boato y el lujo, por la gran hazaña de las carabelas lusitanas.

Lisboa es, en ese instante, la capital de la fortuna, abanicando su dicha con brisas de bambú y canela. Las especies son en esa época el perfume elíseo de la bienaventuranza. Se trafica, se gana. Cuando el rey Don Manuel, "el afortunado", manda una embajada al Papa, suscita con sus elefantes, hieráticos y pomposos, el pasmo de los romanos, con asombro que llena de maravilla la prosa del relato de Guiciardini.

Damián de Goes (entre paréntesis, autor de la primera defensa de España ante la leyenda negra europea), encargado de la factoría lusa en Flandes, halaga el paladar de todos los humanistas, dándole cosquillas a la gula con clavo y pimienta y oloroso gengibre, reservando siempre la mejor canela en rama para la fina nariz aguda de Erasmo de Rotterdam. Y en la áurea, enjoyada Florencia, el exquisito Policiano le ofrece su bella prosa latina al rey lisboeta para cantar con sintaxis noble la grandeza de ese reino con imperio en Etiopía, en la India, China y los mares australes, suponiendo que la fortuna de tan gran monarca le permitirá ser más dadivoso todavía que el gentil Lorenzo de Médicis.

Pero la propia vastedad de ese inmenso imperio oceánico, tan desproporcionada a la modestia cuantitativa de la etnia lusitana; la desigualdad, digo, entre el enorme espacio y la exigua población metropolitana, obligó a renunciar a toda penetración en la tierra adentro de Africa y Asia, reduciéndose a ocupar la orla del litoral. Así ese Imperio, que es el primer gran hecho de la época moderna, se vió forzado a adoptar el método antiguo de fortalezas y factorías y colonias marinas en la franja costera, como en otros tiempos hicieran fenicios, helenos y cartagineses. Por eso Camoens tuvo que darle a esa epopeya un

aire clásico, en contradicción con su sentir más hondo y genuino, con su ambición de infinito, anticlásica, cristiana, quizá romántica.

Al limitarse a la ocupación del litoral, ese imperio de Oriente, cosido por un respunte de puestos lejanos y aislados y por el viento de las carabelas, estaba siempre expuesto a descoserse y rasgarse. Las tribus indígenas acosaban y copaban hoy una fortaleza, mañana otra. Y las propias carabelas, entre la piratería de los juncos, las madrigueras árabes del Mar Rojo y las rachas contrarias, iban, una tras otra, naufragando en la tumba abierta del proceloso océano.

Es lo que cuenta el romance de la *Nau Catherineta*, con su voz verde como el agua del mar. Oíd ahora, señores, esta historia de asombro. Llevaban un año y días perdidos por las olas. Ya se le habían acabado todos los mantenimientos. Los marineros eran más huesos que carne, y más ojos y fiebre que huesos. En esa situación febril los delirios se acercan. Llegaron incluso a echar las suelas a remojo, intentando masticarlas con dientes de fiera. Todavía más. Todavía más. Llegaron a echar suertes a la aventura, para que alguien se sacrificase de modo horrible. Todos los dados cayeron contra el capitán. Trepa, trepa, grumete, hasta el más alto mástil.

*Sube, sube, maruxinho,  
sube hasta o mastro real,  
di si ves terras de Hespanha,  
areias de Portugal.*

Pero no ve tierras españolas, ni arenas portuguesas. Sólo la soledad, el viento, la ola. Sólo, en lo fosco, la plata de siete espadas apuntando al corazón del capitán emplazado. Encaramado en las jarcias columbra únicamente tres niñas debajo de un naranjal.

*Unha esta sola a coser,  
outra está sola a bordar,  
a mais fermosa de todas  
está no meio a chorar.*

Todas tres son hijas del capitán en acoso. Las ofrece para salvarse del sacrificio de espanto. Y aun ofrece un caballo blanco, y oro, oro, el tesoro que tal vez tiene escondido bajo una roca. Pero le rehusan hijas, caballo, dinero. No quieren nada de eso. Quieren... comer, comerlo. El ramo de locura de la antropofagia pasa por aquellos ojos en calentura. Quieren su cuerpo, quizá su alma. No, eso no. A tanto el capitán no accede.

*A minha alma e só de Deus,  
o corpo douo en ao mar...*

Yo no sé en ninguna literatura del mundo dos versos más conmovedores que éstos. En cualquier caso a su valor lírico se añade un valor historiográfico inigualable. El Portugal de los Aviz se confiesa en ese dístico que sabe a epitafio de algas y agua salada. Amargor de naufragio. El alma a Dios. *Fazei muita cristiandade*, habría sido el lema de las expediciones, la frase bordada en las velas cara al infinito. Pero el mar, el demonio, se había cobrado en tributo, tragándose jarcias, timones, cascos, el cuerpo de la nave, el cuerpo del Portugal de las Descubiertas.

Todavía el anhelo de cristiandad e imperio persiste, pero ya no puede soñarse en el extremo del mundo, en el Oriente remoto. Quizá más cerca, al lado de casa, o en la orilla que se ve desde el balcón del Algarbe. En el Africa próxima, mediterránea, sin dispendio de navegaciones costosas y difíciles.

Interpretada de este modo, la empresa del Infante Don Sebastián no me parece esa cosa descabellada y enloquecida de que hablan, con unanimidad, todos los historiadores. Antes, por el contrario, la creo adornada por las virtudes de lo racional y sensato, obedeciendo a esa constante de utilidad y buen sentido que constituye el nervio central de Lusitania, país con buena política, pues a ella, sólo a ella, cabe atribuir la hazaña de haber realizado grandes cosas en el mundo, y por de pronto una nacionalidad con medios notoriamente exigüos e insuficientes.

Sólo que lo de Don Sebastián tenía que haberse hecho antes. La empresa en sí tenía sentido, pero Portugal estaba demasiado

exhausto para emprenderla en aquel momento. Por eso, con autoridad familiar y patriarcal, Felipe II, el Prudente, le aconsejó al joven príncipe que renunciase a ella.

El deseo de sustituir el imperio en naufragio de Oriente por el de Africa mediterránea salió mal, quedando enterrado en las arenas de Alcazarquivir. Todo se perdió menos la hermosura. El aire abrasado de Marruecos debió quedar conmovido con aquella despedida del infante: "Tidalgos, sabed morir sin prisa." ¿Se han oído nunca palabras más bellas?

El acabóse. La muerte. El cadáver de un reino. ¿Sin recurso pues? En el museo de Viena existe un biombo extraño, probablemente la primer obra extremo-oriental hecha a imagen y semejanza de Occidente. En todo caso, la primer representación de seres occidentales por el pincel de un oriental. Hay un religioso que llega. De un paisaje de bambúes y pagodas avanza un cortejo a darle la bienvenida. Alguien se adelanta. Un abrazo conmueve el encuentro. Eso ocurre en el Japón. Quien llega es el español San Francisco Javier, que había de ser enterrado en la ciudad virreinal, todavía lusitana, de la India, cuyo nombre suena a onza de oro: Goa. Quien le recibe es el portugués Mendes Pinto, el mayor viajero de la humanidad, primer europeo que arribó a esas lejanías. Mendes Pinto, a quien en su vejez de olvidado, en su agonía, visitó en una humilde casita junto al Tajo el rey Felipe, concediéndole una pensión para los postreros días de su ancianidad gloriosa y triste.

El abrazo que ese biombo nipón celebra tiene una clara significación simbólica: España y Portugal son naciones paralelas, y las paralelas se encuentran en el infinito.

Se abrazan, por tanto. Se unen para sostenerse mutuamente en su anhelo cósmico, en su cristiana misión universal. Y para defenderse del enemigo. Pero no hay más que un modo de defenderse: el ataque. Del puerto de Lisboa sale una armada hacia el Canal de la Mancha, con ánimo de desembarcar en la capital del adversario del anhelo ibérico. Lope, adolescente, grumete lírico, grita desde la borda:

*Id y abrasad el mundo, oh españoles.*

Abrasad. Abrazad. Querían abrasarlo. No le dejaban. Fuego, pues. A una, las ibéricas bombardas. Fué contraria, una vez más, la suerte. Y entonces de modo decisivo.

El Imperio portugués de Oriente había zozobrado en Ormuz. El intento de Imperio en el Africa próxima había quedado enterrado en Alcazarquivir. La unidad ibérica para el *Imperium mundi* naufragó en el Canal de la Mancha, vencida por los elementos e Inglaterra. Si hubiésemos sido victoriosos, toda la historia universal de los últimos tres siglos hubiera sido distinta. "La vida, esa trama misteriosa de destino, carácter y azar." Y azar.

En Tordesillas, con arbitraje del Papa, las dos naciones ibéricas, concordadas, se habían repartido el mundo. En Tomar, bajo Felipe II, heredero de ambas coronas, se habían unido para defenderse, en común, de los nuevos aspirantes al cetro universal.

Dos tiempos. Primero,

*do Tejo a China o portuguez impera,  
d'un polo ao outro o castelhano voa,  
e os dois extremos da terrestre esphera  
dependen de Sevilla e de Lisboa.*

Después, el problema, la crisis. La gran armada saliendo del puerto lisboeta al Canal de la Mancha. Y los tercios en Flandes. Porque desde Inglaterra y desde Holanda quieren raptarnos lo descubierto por el sacrificio ibérico.

Profundas necesidades llevaron a Portugal y a España a reunir sus esfuerzos conjugados. A los impulsos políticos se añadían no sólo las leyes dinásticas de la época, sino también corrientes sociales y culturales de decisiva significación. La literatura lusa era bilingüe. Ya Gil Vicente escribía con el mismo garbo e idéntica sustancia lírica en ambos idiomas. En castellano componen sus dramas algunos portugueses, como Fragoso, y Lope es leído y aplaudido en Lisboa como en Madrid. Lisboetas son la segunda y tercera edición del *Quijote*, y varias ediciones príncipes de Granada. Tirso canta con donoso verso el río y dice que

*apreciará mucho el Tejo,  
que mirándoos en su espejo  
le llaméis, dándole nombre,  
niño en Cuenca, en Toledo hombre  
y en nuestra Lisboa viejo.*

Esa suntuosa agonía fluvial es el telón de fondo del Burlador. Suárez filosofa en Coimbra, Fray Luis conmueve con sus alegorías en Bemfica; de allí vienen, en trueque, Juan de Santo Tomás a Alcalá, Freitas a Valladolid, Villamediana a caracolear en las corridas de la corte y a jugar cañas y endecasílabos.

Propiamente no hubo conquista ni dominio de Portugal por Castilla, ni menos aún violencia forzada. Hubo concordancia, intimidad, compañía para un fin común, especie de vínculo federal con un federador: el Rey. Pero nunca Lusitania perdió su personalidad ni sus fueros, puntillosamente exigidos, escrupulosamente respetados.

Sólo que tras la coincidencia política se insinuó alguna discrepancia. España quería luchar contra las tendencias europeas de la época, afirmar su modo de ser en el continente. Portugal quería tan sólo conservar su imperio oceánico, sin reaccionar contra las nuevas situaciones en la tierra continental. Dicho de otro modo: Portugal renunció a la contrarreforma política, militante, pelcadora, que España ejerce con ahínco en la historia europea. No acepta la Reforma, eso no. No la sigue, pero no la persigue en sus nidos germánicos y flamencos ni se esfuerza por impedirle que alcance el mediterráneo.

Incluso piensa que esa actitud de España le perjudica en su imperio trasatlántico, y supone, con verdad o con error, que esa empresa contrarreformatora hostiga a los nórdicos, incitándoles al asalto de las lejanías.

Nada puede salvar el imperio portugués en Oriente, rapado, en formas varias, por Holanda e Inglaterra. Se salva, en cambio, de la codicia holandesa el Brasil, en la batalla naval dada por la flota española con la lusa en Pernambuco, en jornada gloriosa cantada por Lope en su *Brasil restituído*.

El Portugal de los Braganza se adapta a la nueva situación europea caracterizada por la primacía francesa en lo cultural y continental, y por la inglesa en los mares y colonias, mundo

adelante. Los bellos días de la casa de Aviz habían pasado, pero todavía queda en ese Brasil restituido una gran obra a hacer, y en la metrópoli un país que conservar y mejorar. Es la tarea cumplida en el siglo XVIII, allá en América por D. João III, y en la metrópoli sobre todo por la técnica política de Pombal.

Por todas partes se encuentra en Portugal la herencia setecentista. Incluso en Braga, sede conciliar en la Edad Media, lo románico y gótico se desvanecen ante lo dieciochesco. Setecentistas son los pazos minotos, esos palacios que en Lisboa tienen una fachada rosa y unas palmeras acariciando el rubor de la fachada; toda la Baixa, reconstruida con compás y plomada tras el terremoto que derrumbó el optimismo panglossiano, y las bellas ciudades brasileiras, tal Ouro Preto, que son como una sonata de clavecín entre los murmullos de la selva.

Las creencias de Pombal eran contrarias a las de la dinastía de Aviz. Al "¡Haced mucha cristiandad!" opone la expulsión de los jesuitas y un anticlericalismo enciclopedista duro y sectario, así como cierta apatía ante la colonización tras los mares para entregarse a la administración e ilustración metropolitana. Pero el sentido racional, positivo, concreto, el aplomo, el compás, el cálculo, el rigor de tiralíneas y números, de ordenanza y administración, son semejantes. En ese sentido positivo y administrativo veo yo el arte de gobierno portugués en sus mejores momentos. El castellano es grandioso y abstracto. El lusitano, más menudo y más concreto.

La era de la Revolución y el Romanticismo fué penosa para ambos países. Se pierde América, aunque conservando vínculos espirituales y afectivos con las antiguas metrópolis. Luchas constitucionales, guerrillas, pronunciamientos, y entre tanto se deja pasar la época técnica, se trabaja poco y mal, no se crean industrias al ritmo europeo, se sufre percosamente la pobreza con todas sus consecuencias culturales.

Fado, fatum, sebastianismo, añoranza. Domina en Portugal una tendencia quejumbrosa, como de desesperanza de futuro. Unos grupos, en cambio, sacan de la evocación del pasado un anhelo para el presente y una voluntad de porvenir. Son los que en Africa sustituyen el imperio perdido en el Brasil, por el fresco, recién roturado, de Angola y Mozambique, como antes, sustituyeran con el Brasil la India perdida.



Mientras el sentimentalismo, la pasión sin objeto ni sentido proclaman la República, entregándose a la voluptuosidad de la anarquía, esas gentes coloniales doman selvas en Africa, cultivan tierras vírgenes, montan la guardia de la civilización y la lusitanidad en lo remoto. Un día, esos hombres de frontera, hartos de que su esfuerzo imperial no sea ni iniciado ni secundado por la política en la metrópoli, toman el Estado como los hombres de frontera españoles en Marruecos se levantan el 18 de julio.

La Revolución Nacional portuguesa del 28 de mayo encuentra el gobernante, el estadista, en un profesor de Coimbra: Oliveira Salazar.

Para éste, lo primero es poner en orden la "pequeña casa lusitana", dándole seriedad, precisión, exactitud, al aparato administrativo. Partiendo de un concepto modesto de las posibilidades nacionales y de las posibilidades estatales, va, poco a poco, con continuidad y paciencia arreglando aquí un departamento, allá otro, ahora las carreteras, después el comercio exterior, etc. Ya sabéis lo que decía Kierkegaard: "el que se entusiasma sin continuidad es un *dilettanti*; el que continúa sin entusiasmo, un filisteo; el que continúa entusiasmado es un trabajador".

A este linaje pertenece Salazar. Su laboriosidad paciente ha sido observada por todos; su entusiasmo es menos perceptible, menos externo, pero no menos real. Sólo que, por pudor y elegancia no lo exhibe, lo esconde en la intimidad. Es, allá dentro, lo que le sostiene, como el hueso a la fruta. De estos entusiastas púdicos, de estos animados por un calor íntimo que se reviste de aparente frialdad, salen las mejores y más logradas creaciones.

Se han cantado mucho los méritos de Salazar como economista. Para mí, no son los superiores de su personalidad. Aun diré que, en este punto, sería menester distinguir entre finanzas y economía, pues si es cierto que ésta supone aquélla, no se agota en ella. Es cierto también que una nación nunca está hecha del todo. Se está siempre haciendo. El esfuerzo en este ámbito tendrá que dirigirse a mejorar de un modo paulatino y creciente el nivel de vida de las clases humildes, "sin prisa y sin pausa", partiendo, sobre todo, de los recursos coloniales.

Un acta imperial ha ordenado política y administrativamente el Imperio, con un alto sentido cristiano de consideración al indígena. Pero quien dice Imperio dice, ante todo, marina, comunicación entre las partes. Por su pasado y por su futuro, Portugal necesita una flota propia, susceptible de comunicar todas las provincias y colonias repartidas por los anchos mares y tres continentes.

Ese hecho de tener su cuerpo en el mar y en tres mundos explica la secular alianza con Inglaterra. Esa alianza no ha sido nunca repudiada ni desmentida. Pero no constituye para el Estado Novo, a diferencia del antiguo, la única base de la política internacional lusa.

La guerra española hizo patente que una desventura en nuestro país lo sería para toda la península. Si paralelo ha sido el auge en ambos pueblos y paralela decadencia, paralelo será el Renacimiento. En todos los momentos profundos de la Historia se descubre la solidaridad peninsular. Lucha contra el Islam, expansión oceánica, guerras napoleónicas. El trance en que se halla hoy el mundo postula esa intimidad apretada y fraterna.

No hay unidad de destino entre las dos naciones ibéricas. Quizá pudiera haberla si Portugal fuera sólo el territorio que está en la península. Pero está en el mar y tres mundos. Por eso la alianza con el Imperio británico es persistente. En virtud de ella ha cedido temporalmente bases en las Azores, y aunque Salazar haya conservado una humanísima neutralidad, podría tal vez participar en vicisitudes en el Extremo Oriente, donde los nipones le ocuparon Timor y rodean Macao, reliquia de días antiguos. No, no hay unidad de destino. Pero sí solidaridad familiar. Cuanto más entrañable, más fecunda será.

EUGENIO MONTES.

(De la Real Academia Española.)